

La pluma del estudiante universitario: escribir entre la saturación y la obligación

The college students' quill:
write between saturation and obligation

La penna dello studente universitario:
scrivere tra saturazione e obbligo

Yolima Amado Sánchez*

Artículo de Reflexión

RESUMEN:

El objetivo de este artículo es presentar algunas reflexiones, cuestionamientos y acotaciones a propósito de la cuestión de la escritura de los estudiantes universitarios en el contexto social actual, que se articula con el ingreso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, sus efectos en la relación con el saber y con la escritura misma. Esto atendiendo en particular los malestares, las dificultades y los reparos que escuchamos y manifestamos, con relativa frecuencia, quienes hacemos parte de las comunidades académicas, pero que además se enlazan curiosamente con los antecedentes históricos de las universidades en Occidente y con los imperativos que, según algunos historiadores, han sostenido la relación entre los estudiantes universitarios y la escritura.

Algunos de los planteamientos se sostienen en el trabajo investigativo realizado en el marco de la Maestría en Psicología, Subjetividad y Cultura, de la Universidad Nacional de Colombia, que culminó con la escritura de la tesis titulada *¡Todos a-formar!, la producción escrita de los obreros el Alma Máter*. Dichos planteamientos continúan siendo cuestiones que me interrogan y sostienen mis búsquedas y quehacer como docente universitaria, en la medida en que se revelan como problemáticas que insisten y hacen parte de la cotidianidad académica.

Palabras clave:
escritura,
universidad,
lectura,
estudiantes,
Tecnologías de la
Información y la
Comunicación.

* Magíster en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura y Psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Vinculada actualmente como docente investigadora de la Fundación Universitaria Cervantina San Agustín, tutora del Semillero de Investigación ICAM, editora del Boletín Voces y Letras e integrante del grupo de investigación Trabajo Social, Política e Identidad, de la misma universidad.

Recibido: 04-04-17 // Aprobado: 05-10-17

ABSTRACT:

The objective in this article is to present some reflections, questionings, and margins purposed on the writing in college students in a modern society context. This articulates along with the growth of new technologies and communication, its effects related to knowledge, and with writing itself. This is paying particular attention to the problems, difficulties, and objections we hear and complain frequently, who not only make part of the academic communities, but also we make a particular connection with historical records from the western universities and with orders that some historians have sustained with the relationship between college students and writing.

Some of the statements are held on the investigations framed on the Masters in psychology, culture and subjectivity, of Colombia National University, that accomplished the thesis titled «Let's form», the written outcome of the labor the Alma Mater. Such statements keep being facts that question and maintain my search and tasks as a faculty member, along the problems that come up consistently and are part of the everyday.

Keywords:

writing, college, lecture, students, computer and communication technologies.

RIASSUNTO:

L'obiettivo di questo articolo è quello di presentare alcune riflessioni, domande e annotazioni, riguardo al tema della scrittura degli studenti universitari nel contesto sociale attuale, che si articola con l'ingresso delle nuove tecnologie dell'informazione e la comunicazione, i suoi effetti nel rapporto con il sapere e con la scrittura stessa. Questo, attendendo in particolare i disagi, le difficoltà e i ripari che ascoltiamo e manifestiamo; con una relativa frequenza, chi facciamo parte della comunità accademica; però che inoltre si intrecciano curiosamente con lo sfondo storico, delle università in Occidente e con gli imperativi che, secondo alcuni storici, hanno sostenuto il rapporto tra gli studenti universitari e la scrittura.

Alcune delle pianificazioni si sostengono nel lavoro investigativo, fatto nel quadro del Master in Psicologia, soggettività e cultura, dell'Università Nazionale di Colombia, che è stata conclusa con la scrittura della tesi intitolata: «Tutti a formare», la produzione scritta dagli operai, l'Alma Mater. Dette pianificazioni, continuano a essere fatti che mi interrogano e sostengono le mie ricerche e il daffare come docente universitaria, nella misura in cui si rivelano come problematiche, che insistono e fanno parte della quotidianità accademica.

Parole chiavi:

scrittura, università, lettura, studenti, tecnologie dell'informazione e delle comunicazioni.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La escritura es una de las actividades que más frecuentemente se exige a los estudiantes universitarios; las modalidades y los tipos de textos escritos son diversas, y esto se determina bien sea por exigencias institucionales o por encargo de los profesores, en el marco de las dinámicas y estrategias pedagógicas que tiene una de las más largas tradiciones en las instituciones universitarias, junto al ejercicio de la argumentación oral. Escribir, de hecho, es una actividad que se supone consustancial al quehacer intelectual, a las prácticas académicas y a la construcción del conocimiento y de las ciencias; sin embargo, en la cotidianidad de las aulas, pareciera ser más los inconvenientes que genera, que las ventajas que se le atribuyen.

En este artículo, a partir de la reflexión de algunos pensadores contemporáneos sobre las complejidades y transformaciones del vínculo con la realidad, la relación con el saber y las nuevas tecnologías, así como de algunos historiadores, acerca de la evolución de las universidades, del lugar y actividades de los estudiantes universitarios, poco a poco iremos articulando algunas reflexiones consideradas pertinentes, a propósito de la necesidad de cuestionar el lugar que ocupa la escritura en los entornos universitarios, principal aunque no exclusivamente, para los estudiantes; asimismo, los inconvenientes o dificultades que se le atribuyen a su ejercicio. Este último está supeditado a cuestiones como la evaluación, la limitación del tiempo para su producción y la definición, entre la amplia oferta de fuentes bibliográficas de referencia, de los parámetros idóneos para su “correcta” ejecución.

Para anudar la cuestión de las tecnologías de la comunicación y la información, se establece un contraste entre las características de la navegación por la red, de las publicaciones que allí pululan, con las objeciones, reparos y desinterés que parece suscitar la escritura académica entre los universitarios; esto con el objetivo de identificar si acaso existen vínculos de incidencia entre una

y otra. Con tal propósito, nos referiremos a fenómenos como la indiferencia, la saturación, el vertiginoso paso del tiempo, los efectos de la burocracia, la atribución de obligatoriedad de la escritura y la lectura en los contextos académicos, y el lugar de la escritura en la producción y consolidación de las ciencias y el saber formalizado en general, para luego cuestionar precisamente por qué es menester que los estudiantes universitarios se ocupen de escribir.

ESCRIBIR EN MEDIO DE LA INDIFERENCIA

Como punto de articulación para empezar, nos ocuparemos de analizar una frase de Gilles Lipovetsky (1986), en la que parece situar elementos claves para ir vislumbrando algunas circunstancias que hemos de considerar, acerca del lugar que ocupamos ante la realidad que nos circunda:

El hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas: para alcanzar un grado tal de socialización, los burócratas del saber y del poder tienen que desplegar tesoros de imaginación y toneladas de informaciones. (p. 44)

El autor señala una cierta característica del hombre actual, el rasgo de la indiferencia, que hemos de comprender en varios sentidos; destaca tal indiferencia como una disposición psíquica que puede reconocerse en tanto efecto, como la escasa importancia que se le atribuye al mundo externo; es decir, que ese mundo externo, sus fenómenos, los congéneres, las relaciones y los actos en sí mismos no provocan en los seres humanos actuales nada diferente a la “apatía”, un desinterés generalizado desprovisto de emociones o sobresaltos.

Pero además, tal indiferencia puede ser entendida en términos de la indistinción, de una suerte de homogeneización de la valoración sobre ese mundo externo; si todo parece “igual”, si no se reconocen o perciben diferencias significativas en el mundo externo, casi podríamos comprender esa posición de indiferenciación ante la

complejidad del acontecer circundante como un resultado predecible, pues las cosas, los vínculos y las circunstancias del mundo externo serían equiparables en valor o significancia.

De esta forma, la ausencia de certezas y sorpresas resulta ser una consecuencia esperada y fácticamente derivable, pues ante un mundo que no despierta interés y que parece ser una masa homogénea, difícilmente podría esperarse una reacción más allá de la generalización simple de la relativización de los afectos, los objetos, los fenómenos, los saberes y, para lo que nos compete, las palabras escritas. Cualquiera podría venir o desaparecer, pues ningún enunciado tendría mayor validez o representaría un valor particular respecto de los otros.

De ahí que las opiniones, incluso las posturas éticas o políticas, parecieran ser intercambiables, pues sin certezas, inmersos en un universo saturado de conocimientos que se suponen “igualmente” válidos y, por tanto, a la vez inválidos, poco importan las verificaciones, los análisis y los cuestionamientos. Destituidos del lugar de autoridad, los textos escritos, reconocidos —o mejor, desconocidos— los enunciados como susceptibles de ser intercambiados unos por otros, sin mayores consecuencias o efectos, no habría razón para que le importase a nadie su escogencia o análisis a profundidad; bastaría con lanzar la red en el basto océano de la lengua y usar lo que aparezca¹.

Reconocerá en este punto el lector uno de los “quebraderos de cabeza” de estudiantes y profesores: la selección de las fuentes bibliográficas o de referencia que sustentan los trabajos escritos. Para los primeros, en estos tiempos que corren, tal escogencia es un imperativo, que cuando se plantea explícitamente genera cierto

¹ Similar a lo que ocurre cuando se está redactando un documento en el software Word de Office, y se solicita un listado de sinónimos para una palabra, el programa ofrece unas posibilidades que parecen servir indistintamente; sin embargo, los sentidos varían y las palabras, aunque así nos parezca, no son fácilmente intercambiables unas por otras, pues dependen de aquellas concomitantes y de la pertinencia semántica de cada una en la oración.

desconcierto y malestar, pues, ¿cómo saber cuál es una fuente confiable?, ¿cómo distinguir entre el vasto océano de las referencias “más valiosas”? Para los segundos es un criterio de evaluación que las más de las veces se presupone como una obviedad que, se espera, implique una distinción de la valoración entre una y otra fuente. “¿Cómo se les ocurre pensar que es lo mismo usar como referencia *Wikipedia* al libro de *X* autor?”, se escucha decir airado a más de un profesor —incluyendo a quien escribe—, tras la revisión de los textos escritos de los estudiantes.

Podríamos preguntarnos entonces, ¿cómo reconocer las fuentes bibliográficas “idóneas” sobre un determinado asunto? Hasta hace unas pocas décadas, el reservorio privilegiado del saber eran los libros y, en particular, aquellos disponibles en las bibliotecas, tanto las de las universidades, como las públicas o las privadas; los periódicos o publicaciones impresas que resultaban asequibles y como medio de contraste o ampliación de las reflexiones, las voces que podían ser recuperadas como entrevistas o testimonios. Las fuentes de referencia o de información eran tres, “los documentos oficiales, las declaraciones de los interesados y el registro de escucha” (Eco, 2003, p. 61); es decir, se reconocían como de primera o segunda mano, sobre los autores y sus comentaristas o críticos respectivamente.

Más recientemente, ante la profusión de publicaciones de diversa índole, las fuentes de información o de referencia bibliográfica fueron reconocidas y clasificadas como primarias y secundarias, atendiendo a criterios similares, y se sumaron las fuentes terciarias, que remitían en su contenido a los tipos de fuentes predecesoras, por tratarse de índices, catálogos o reservorios bibliográficos. Para el investigador avezado, reconocer tal diferencia resultaba relativamente sencillo, pero ¿comprenderán los estudiantes tal división y las implicaciones de la escogencia de los diversos tipos de fuentes?, ¿será que unos y otros autores revisten la misma relevancia en el momento de ser escogidos como referencia? Nos atrevemos a plantear que para la gran mayoría no, que tal distinción, incluso en muchos casos, no ha sido siquiera explicada, de ahí que opten de manera indistinta por la primera fuente que aparezca a la mano.

ESCRIBIR EN MEDIO DE LA SATURACIÓN

Hemos de reconocer en este sentido que nunca antes se difundió tanta información sobre los pormenores del funcionamiento de las diferentes esferas sociales, nunca antes tantos libros, artículos, reseñas, documentos, diccionarios, comentarios, discursos, entrevistas, tesis, biografías, críticas, investigaciones y hasta fotografías fueron asequibles. Tantos textos escritos de autores reconocidos —es decir, cabalmente autorizados por la comunidad científica— convivieron en el mismo espacio junto a textos escritos por autores desconocidos, críticos y criticadores, intelectuales de oficio y opinadores.

En la Gran Red² conviven al mismo tiempo los clásicos de la literatura universal junto a los escritos de un anónimo, las reflexiones de los blogueros y las máximas de Platón y Aristóteles; los artículos periodísticos sobre política y economía, junto a las notas de farándula y los comerciales sobre productos cosméticos y farmacológicos; todo a un *click* de distancia. Dicho de otra forma, sin sensibles atribuciones de valor, indistintos o, como señalaba Lipovetsky, indiferenciados, susceptibles de ser reconocidos por los navegantes de la red, como igualmente valiosos o devaluados. La otrora escogencia resultaría abrumada por la profusión y la posibilidad de acumulación indiferenciada, derivada, podríamos afirmar, del fácil acceso y de la saturación de posibilidades, que a la larga, agotaría el “gusto” selecto³, o dicho de una forma más cercana, lograría que uno y otro tipo de fuente de información resultasen igualados en valor, a la hora de ser ojeados.

² Uso las mayúsculas iniciales en este caso, aludiendo a la noción de Gran Acreedor, que acuña Maurizio Lazzarato, en el libro: *La fábrica del hombre endeudado: Ensayo sobre la condición neoliberal* (2013), en el que sitúa los efectos subjetivos, particulares, de la incorporación del capitalismo en la cotidianidad de las relaciones con el otro. Busco llamar la atención sobre la forma en que Internet permea también la cotidianidad de tales relaciones, así como las que establecemos, para el asunto que nos convoca, con el saber y la escritura.

³ Es menester plantear, por supuesto, la vinculación de un cierto ideal ilustrado, fortalecido primero durante la alta Edad Media y luego durante El Renacimiento, del quehacer intelectual vinculado con las buenas formas del modelo aristocrático de los siglos XVII, XVIII y XIX. (Le Goff, 1996, pp. 45-62)

De hecho, podríamos suponer entonces que uno y otro texto escrito, que un libro escaneado y un video o un meme resultarían ser mera información que entretiene. Si en el mismo portal en el que se plantea una reflexión sobre los aforismos de Lichtenberg aparece, como recomendación para la lectura, que Leonardo Di Caprio es obligado a devolver un Oscar de Hollywood⁴, es muy sencillo suponer que uno y otro texto tienen similar relevancia o validez, que el contenido de los enunciados son equiparables y, como es probable, que el lector sepa poco sobre Lichtenberg, pero sí sobre Di Caprio; no es de extrañar que uno y otro escrito se sumen a los contenidos del entretenimiento.

Navegamos de una a otra página, de uno a otro texto, monótona y mecánicamente, pasando el tiempo, y casi resulta comprensible que aquello que más nos divierte sea lo que más llame la atención, bien sea por escandaloso o extremadamente trivial, no importa. Se instalan como prerrogativa de las “búsquedas” en la Gran Red los mecanismos de seducción del *star system*, como nombra Lipovetsky a la estrategia que encandila y anula, ya sea por difusión o habida cuenta de la saturación mediática, la sorpresa o interés particular que pueda generar una publicación en particular.

Al terminar el día o tras unas cuantas horas en la red, el ejercicio del estudiante, que bien pudo tener como propósito inicial la investigación sobre cierto tema, resulta desplazado por los deleites del divertimento, uno que por estar plagado de *clicks* aquí y allá, ventanas emergentes, animaciones, videos e imágenes, tiene como resultado la propia saturación e indistinción. La información abunda, los buscadores señalan millones de entradas diferentes para un mismo asunto, incluso las bases de datos universitarias —si es que el navegante intenta elegir fuentes “confiables”— arrojan cientos o miles de registros a partir de una palabra clave, título o autor; en cualquier caso, los resultados de las búsquedas abruma, y entonces

⁴ Por mencionar un ejemplo, aludo aquí al curioso contraste de una publicación en el portal del diario *El País*: http://elpais.com/diario/2010/08/14/babelia/1281744768_850215.html, que bien sabemos, no es una situación de excepcionalidad, sino la generalidad de las publicaciones en la Gran Red.

la cuestión, si se persiste en el esfuerzo de cumplir con el trabajo académico solicitado, por resolver es: ¿qué página, libro, artículo, blog, video o reseña es mejor que las otras?, ¿cuál es más válida o confiable?; las mismas preguntas mencionadas anteriormente.

En la Gran Red podemos pasar indistintamente de un portal a otro, de un libro a otro, de un buscador a otro, de una nota política a una película. Este, podríamos plantear, es un proceso voluntario del navegante, quien se rinde a la oferta o invitación que le propone cada oferente o editor de una página en la red. Pero además están los efectos de las ventanas emergentes, de los anuncios, de los links ofrecidos que se atraviesan, centellean en la pantalla para invitarnos a salir de la página actual e ir a la siguiente, bajo la promesa de que en la otra sí habrá algo de interés, y en esa, nuevas ventanas emergentes, nuevas invitaciones a salir y entrar, como en una puerta giratoria de la que no nos bajamos, porque la promesa es que en la siguiente encontraremos algo “mejor”, algo más pertinente, un escrito, imagen o video que reviste mayor relevancia o interés que aquel en el que estábamos inicialmente. ¿Cómo saber cuándo detenerse?⁵

Por cuenta de la saturación, pareciera instalarse una suerte de desensibilización sistemática; se pasa aquí a allá y nada conmueve, ninguna publicación genera preguntas o resquemor, y si acaso alguna lo hace, basta con asignar estrellas, reenviar o asignar un *emoticon* para “expresar” la emocionalidad concomitante con la publicación y continuar con lo que sigue, la siguiente publicación. Las fuentes de información parecen infinitas, los accesos a libros, reseñas, comentarios crecen casi al mismo ritmo exponencial que las publicaciones del divertimento, de ahí que parezca no haber tiempo para quedarse con una sola. El *zapping*⁶ ya no es una práctica exclusiva que afecte a los canales de televisión, baste con navegar por

⁵ A manera de nota al margen, anticiparíamos por el momento que detenerse es incorporar una pausa a la inercia derivada de velocidad vertiginosa a la que estamos sometidos; quizá se trate de un asunto vinculado con el tiempo; de tomarse el tiempo para, ¿para qué?, para pensar en cada asunto antes de pasar al siguiente.

⁶ El zapeo o *zapping* es la forma como se denomina al acto de saltar de canal en canal, de ir cambiando canales sin detenerse en ninguno.

la biblioteca electrónica SciELO —por mencionar una que nos resulta cercana a quienes hacemos parte de los contextos universitarios— para evocar ese ir de un artículo a otro, saltando y sin prestar mayor atención y sin detenerse.

Atrás quedaron las semanas leyendo y analizando un solo libro, tomando notas, organizando citas y tratando de articular luego tales reflexiones con las del siguiente libro en la lista. Los propios artículos científicos parecieran invitarnos a ir de aquí a allá; ahora basta con un sencillo comando para encontrar, gracias al uso de palabras claves, la frase, cita o artículo que se requiere y muchos más relacionados, que nos sugiere el portal o aplicación, y que terminan, igual que si se tratase de las publicaciones de cualquiera de las redes sociales, de generar ese efecto de saturación e indistinción.

ESCRIBIR SIN TIEMPO

La lectura se realiza con prisa, los PDF se amontonan en carpetas, muchos de ellos, para no ser leídos detenidamente luego; se seleccionan citas para ser usadas después en los escritos, las más de las veces, sin contexto, desarticuladas. Es como si el saber, entendido con una red significativa tejida a partir de diversas nociones, categorías y conceptos, se hubiese fragmentado y nos apareciera ante la pantalla como mero dato de diccionario, desvinculado, individualizado y, más complejo aún, meramente utilitario, obligado a servir a cierto pragmatismo *ligh*⁷ que, a la postre, cuando el texto escrito sea sometido a evaluación, seguramente revelará que aquello que no se incluyó o que se omitió para evitar complicaciones resultaba ser más relevante de lo esperado.

El tiempo “vuela”, y mucho más en las aulas. Vuela para los profesores que ven cómo los minutos pasan vertiginosamente

⁷ Se alude aquí a uno de los planteamientos recientes de Lipovetsky, quien ubica cierta tendencia a lo ligero, a lo *ligh* como una característica de la época, que aunque resulte contrastante, no necesariamente nos aligera, pues son más los problemas que acarrea, que los que resuelve. Sobre el particular planteará: “La revolución de lo ligero avanza, pero la armonía brilla por su ausencia en nuestras vidas: no nos ha hecho más felices” (Lipovetsky, 2016, p. 334)

mientras tratan de presentar a los estudiantes *todo*⁸ aquello que desean transmitir, a la vez que amenaza con hacer que las clases resulten incompletas, y en esa línea causal, los programas y los planes de estudio definidos. Si no se cumplen los programas, las consecuencias afectan a todos: estudiantes, profesores, administrativos, al sistema educativo e, incluso, al lugar donde tratamos de ubicarnos en los *rankings* internacionales.

En el caso de los estudiantes el tiempo también vuela, ya sea porque alguna clase les resulta particularmente interesante, o vuela durante los periodos de receso que parecen inusualmente cortos, pues anteceden al tiempo en el aula; vuelan porque anteceden al fastidio que muchos mencionan, habida cuenta de la obligación de permanecer unos cuantos minutos prestando atención al profesor o a sus compañeros de aula.

Pareciera entonces que para unos y otros, en especial para el funcionamiento del sistema, el mejor de los escenarios es que los estudiantes puedan estar el tiempo definido para cada clase silenciosos, callados y eficientes, recibiendo la información, los datos o los contenidos que el profesor exponga, para luego replicarlos las veces que el sistema de evaluación defina, sin que medie cuestionamiento o sospecha alguna sobre su veracidad, ya que esto mismo es lo que han de responder cuando se quiera verificar si aprendieron o no, si estuvieron atentos o no.

Es un tiempo exigido al máximo, al ritmo de los programas, exprimido en cada uno de sus segundos, pero no necesariamente por eso provechoso ni aprovechado por estudiantes o profesores; solo minutos contados antes de la siguiente campana, sin pensar mucho, sin detenerse, sin darle tiempo al trabajo intelectual propiamente dicho. Pues el tiempo que más parece interesar es aquel que se

⁸ En adelante, las cursivas que acompañarán al adjetivo “todo” aludirán a señalar lo que Lacan denominó el “fantasma de un saber-totalidad”, esa ilusión del *todo saber*, y la correspondiente fantasía de que hay forma de hacerse a un saber acabado y completo; un mero espejismo o engaño, que como veremos luego tiene renovada fuerza por estos tiempos, gracias al gran cerebro virtual que parece sostenerse en la Gran Red.

consume las actividades propias del divertimento, en las redes sociales, en los portales de videos, navegando como a la deriva por la Gran Red, distrayéndose... Es un tiempo que, si bien es ocioso en apariencia, no deja espacio para pensar, pues también es un tiempo saturado, que vuela precisamente porque entretiene y le resta tiempo a las responsabilidades académicas y a otros deberes derivados de nuestra múltiple adscripción a diversos entornos sociales.

Y esto incluso por las mejores razones, porque no se reconoció o se reconoce como tiempo valioso aquel que se ocupa en pensar o reflexionar; más bien, se lo ha señalado como “tiempo perdido”, pues el tiempo debe ocuparse en producir. Los tiempos de la investigación y la escritura dependen de los definidos por quien haya encargado el producto escrito, bien sea una institución o un profesor. Los plazos marcan el ritmo del ejercicio intelectual, instituyen límites y definen las características del producto esperado, trátase de un artículo, un libro, un ensayo, una reseña o un trabajo para una asignatura, los parámetros se imponen y casi podría afirmarse que, en su mayoría, someten la libre y profunda reflexión sobre un tema o asunto, a los imperativos de la demanda de productividad. Lo anterior excepto en el caso de quienes escriben por fuera del marco de la institucionalidad, pero incluso tales autores han de producir a un cierto ritmo para que sus editores y editoriales mantengan el interés en sus productos y puedan ofertarlos convenientemente a los consumidores.

Si no hay tal sometimiento, los textos escritos y sus autores, por vinculación directa, se enfrentarán a las consecuencias de no acceder a los derivados de la producción, esto es, la posibilidad del consumo. Si se trata de un profesional contratado para producir un texto en un cierto tiempo, probablemente verá recortada su remuneración y, con ella, la capacidad adquisitiva; si se trata de un estudiante, se enfrentará a una evaluación desfavorable, que si acaso se suma a otras más, obtenidas en el semestre o en la misma asignatura, resultarán en el peor de los casos en tener que costear en el semestre siguiente la repetición de los créditos académicos perdidos, o en el mejor, de una devaluación de su reconocimiento ante la institución; es decir, un bajo en la calificación y en el promedio que resulta significando el valor del estudiante ante el aparataje institucional.

De ahí que resulte casi comprensible que se le otorgue mayor relevancia al producto que *debe ser* entregado en los plazos establecidos, que al ejercicio intelectual y de escritura propiamente dicho. Los minutos resultan insuficientes; las agendas permanecen llenas, las de los profesores, profesionales e incluso las de los estudiantes, quienes ya han aprendido, fruto de su adscripción a las instituciones escolares en sus diversos niveles, que el tiempo libre es tiempo peligroso, tiempo ocioso y perdido⁹, por lo que tienen sus semanas copadas: las clases, los descansos, las actividades extracurriculares, los parciales, los momentos de reunión familiar, los periodos de revisar y comentar las distintas redes sociales, navegar en internet, jugar en el computador, comer, dormir, en fin; ¿qué tiempo puede quedar para la labor intelectual, para la reflexión y la escritura?

“ESCRIBIR PORQUE TOCA”

En ese proceso, incluso los estudiantes más aplicados se entregarán a la descarga de artículos, libros, reseñas, videos y otros productos del gran escaparate, pero en su mayoría, hemos de reconocerlo, solo quedarán ahí, guardados, almacenados; ya no se llenarán de polvo, como hace apenas unas décadas, sino de virus, o terminarán convertidos en textos *spam*. Tal acceso aparentemente ilimitado —pues cabe recordar que no es propiamente aleatorio nuestro encuentro con los ofrecimientos en ventanas emergentes y enlaces, sino supeditado algorítmicamente a búsquedas y navegaciones anteriores—, a la bastedad de textos que están alojados en la Gran Red, como ocurre con los peces, basuras, algas y otros organismos que se enredan en los hilos de una red de pesca, está plagado de lo innecesario, de lo no buscado, de referencias, datos y archivos que quizá solo serán ojeados por única vez cuando se decidió su descarga, se perderán entre carpetas y quedarán en el olvido, excluidos de manera indiferenciada. Las justificaciones para

⁹ Resulta casi paradójico toparse con la exaltación que hacían los griegos al ocio, como el tiempo para la contemplación y reflexión profunda sobre la naturaleza de las cosas y sobre las cosas mismas, que en últimas le permitió a los helénicos, sentar las bases del pensamiento occidental.

la escogencia de aquellos que servirán propiamente como referencia para un texto escrito, que serán “utilizados”, resultan inciertas y más bien azarosas.

Solicitar a los estudiantes realizar una indagación sobre un asunto cualquiera, podríamos sugerir, pareciera tener como límite los primeros diez, cinco o dos resultados que señale el buscador elegido. Tales referencias, cuando son acaso ojeadas, en su mayoría resultan medio leídas e incluidas como si se tratase de la evidencia de un trabajo reflexivo o analítico, cuando no, copiadas y pegadas como si en vez de un texto, de una colcha de retazos se tratase, intercaladas con frases de la autoría del estudiante, en un esfuerzo, pocas veces bien logrado, de hacer con el texto, de participar como interlocutor de los autores seleccionados.

En ese lamentable ejercicio, la escritura se convierte en una práctica insustancial, intrascendente y vacía, que no anima a los estudiantes, sino que más bien se convierte en una exigencia cuyo sentido pareciese no exceder el del trámite burocrático; esto es, el de un imperativo que debe cumplirse sin interrogación alguna, a menos que no se quiera pasar a lo siguiente: “no hay ningún ideal que recubra un poco la dimensión insensata y caprichosa, propia de todo trámite” (Peusner, 2008, p. 120). Muchos escriben en los contextos académicos como si la escritura pudiera ser asumida como una tarea ciega que debe cumplirse, incluso a medias, con tal de avanzar —aprobar la asignatura en su caso, y en el de algunos profesores e investigadores, para cumplir un compromiso contractual o adjudicarse unos puntos extras en la valoración de la hoja de vida—, y en esa obediencia, lo que resulta destituido es el potencial de la escritura misma.

No se logra un mínimo acercamiento a los asuntos en cuestión ni se pone en práctica competencia argumentativa alguna; más bien, se acentúa la dinámica de las diferentes redes sociales, es decir, replicar sin miramientos o mayor reflexión la información, los textos, las imágenes o los videos con los que el azar —algorítmicamente determinado— nos hace topar.

En este proceso, en esta transformación que hace mutar incluso las fuentes en las que se ubicaba el saber científico o académico, el acercamiento a los libros y artículos da cuenta de tal devaluación, de tal indiferenciación de las atribuciones de autoridad en razón de la producción escrita de algunos autores. Para muchos estudiantes no parece haber certeza o consideración alguna sobre las diferencias, la importancia, el valor de contenido, la autoridad en un campo del saber o pertinencia de las fuentes que sustentan sus trabajos escritos. Se usa igual un blog o un artículo, una reseña o un resumen, pues la cuestión es de tiempo y hay que cumplir con la tarea; casi podríamos suponer, que no reconocen que el saber acerca de cualquier disciplina, la historia misma de la humanidad, se sustenta precisamente en los textos escritos que han sido elaborados por hombres y mujeres a lo largo de los siglos, sin importar de que ciencia o profesión se trate.

“Escribo porque toca, no porque me guste”, “Los trabajos escritos son un fastidio”, “No pensé que en esta carrera tocara escribir tanto”, “Es que eso de escribir no se me da”, “Yo escribo solo cuando me toca, cuando los profes me piden un ensayo o cosas así, de resto no, ni para tomar apuntes”. Estas son algunas expresiones que podemos escuchar de boca de los estudiantes universitarios a propósito de la exigencia de la escritura; son enunciados que nos indican el carácter insustancial y obligatorio que le adjudican a la escritura, no en cuanto les permite asumir un lugar respecto del saber y de los postulados de los autores, sino ubicándola como un padecimiento, una suerte de “mal necesario” que ha de ponerse en marcha porque es una exigencia, no una posibilidad. De ahí que escoger los referentes bibliográficos parezca no demandar mayor rigurosidad, pues basta con que se citen —cuando acaso tal proceder se cumple— dos o tres fuentes, o el número que el docente en cuestión haya exigido.

Para los profesores e investigadores, la cuestión de la escogencia también puede resultar afectada por los lineamientos de las burocracias académicas, que a su vez tienen sus propias exigencias, y puede resultar relegada a la cuestión de la verificación de indexación de uno u otro artículo que vaya a ser citado. Ahora a los criterios de valoración de los textos escritos, por cuenta de la calificación de los llamados “pares evaluadores” —que podríamos señalar, no son tal,

pues para evaluar a otro se requiere asumir un lugar de superioridad sobre el evaluado—, se suma el de la previa valoración y clasificación de las plataformas, revistas y portales en los que reposan los artículos científicos, que a su vez tendrán que haber citado a otros similarmente indexados, o de lo contrario caerían en devaluación.

Bástenos con ojear la “Política para mejorar la calidad de las publicaciones científicas nacionales”, presentada por el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias), en 2016, para “discusión”, es decir, publicada en el portal web, que se sustenta “como respuesta a una limitada contribución del país a la generación y divulgación de conocimiento a nivel mundial, expresada en el bajo número de publicaciones científicas de autores nacionales, un bajo impacto de las mismas, así como de las revistas científicas nacionales” (Colciencias, 2016, p. 4).

En esa política administrativa se sitúan claramente como criterio para la medición o calificación de los artículos científicos los índices citacionales en plataformas como Publindex, Web of Science o Scopus, por mencionar algunas. Esta definición, ha de señalarse, no responde a políticas nacionales, sino a los criterios internacionales que sitúan los derroteros para la producción científica, pero que, podríamos conjeturar, conduce a una suerte de relación endógena entre los autores y repositorios que alojan a ciertas revistas científicas, sostenida en la mutua citación de otros autores que previamente han publicado sus artículos en esos mismos portales.

“LEER PORQUE TOCA”

De la mano de tal utilitarismo de la escritura, otro fenómeno se instala en la cotidianidad de nuestra relación con el saber: se trata de la disminución de la lectura, tanto de aquella que otrora implicaba la preparación y escritura de un ensayo, artículo o libro, como de la que se realizaba de manera espontánea, casi podríamos plantear, que se sostenía en la lectura misma, como un ejercicio que permitía la ampliación de las perspectivas teóricas o de reconocimiento de la cultura humana, por cuanto se sustentaba en cierta ausencia de un propósito predeterminado, distinto al de *seguir sabiendo*.

Esta situación nos afecta a todos, profesores y estudiantes, investigadores y magísteres, profesionales y técnicos:

Se sabe que los “grandes lectores”, los que leían más de 25 libros al año, decrecen a una velocidad vertiginosa; la lectura por curiosidad retrocede en beneficio de las lecturas utilitarias; el libro, entre las jóvenes generaciones, es cada vez menos el camino privilegiado para acceder al saber y al conocimiento. (Lipovetsky, 2016, p. 318)

Llama la atención dicha depreciación de la lectura que se sostenía en un cierto “deseo de saber”, en favor de aquella que obedece a fines prácticos, esto es, la citación o la explicación puntual de alguna noción o concepto.

Unos párrafos atrás se mencionó que con el acceso digital a las obras ya no parece necesario leer todo el libro, basta con saber usar los comandos de búsqueda en el texto, digitar alguna palabra y ya, se pueden extraer —copiar y pegar en el propio documento que se escribe— los fragmentos necesarios para sustentar una cuestión y desentenderse de lo demás, como si el texto hubiese dejado de ser una trama y los enunciados pudiesen sostenerse solos, de manera aislada; es decir, como si todas las obras estuviesen estructuradas en estilo aforístico. Tal proceso resulta casi comprensible o predecible si, como se planteaba anteriormente, lo entrevemos considerando los efectos de la burocratización del proceso que, aunada a la limitación de los tiempos para la reflexión intelectual y a través del lente del uso común de las redes sociales, plantea como dinámica de la escritura que el interés no sea producir nuevos saberes sino cumplir, repetir —“compartir”, *retwittear*—.

Ahora bien, si nos detenemos en este punto para tratar de comprender la lógica que subyace más allá de los juicios apresurados, hemos de plantear dos cuestiones relevantes. En primera instancia, que los procesos educativos, tradicionalmente hablando, se han sostenido durante siglos en la repetición de lo ya planteado por otros:

Somos enanos encaramados en los hombros de gigantes.
De esta manera vemos más y más lejos que ellos, no porque

nuestra vista sea más aguda o nuestra estatua más alta, sino porque ellos nos sostienen en el aire y nos elevan con toda su altura gigantesca. (Le Goff, 1990, p. 31)

Esto planteaba Bernardo de Chartres, un maestro universitario de la baja Edad Media, que instaba a sus estudiantes a no perder de vista lo planteado por los autores que sostenían el saber hasta ese momento; de hecho, a que en lo posible, se limitasen a la memorización, repetición y copiado del saber ya establecido. Asimismo, se perfilaban los estudiantes universitarios de la época, “El intelectual del siglo XII es un profesional, con sus materiales que son los antiguos, con sus técnicas, la principal de las cuales es la imitación de los antiguos” (Le Goff, 1990, p. 31).

Baste con hacer un ejercicio de memoria propio para reconocer que el proceso de enseñanza se sostiene aún en esta dinámica; esto es, tratar de aprender de memoria algunas nociones, conceptos y fechas, para luego repetir aquello que se aprendió —y por supuesto, aprobar las evaluaciones establecidas. Siglos atrás no había mayores problemas con las fuentes, pues estas ya estaban fijadas en los libros de texto, bastaba con que los profesores indicaran las páginas por leer, intentar memorizar y repetir, absteniéndose, por supuesto, de intercalar tales postulados con las impresiones o críticas propias. Las opiniones no eran ni son una vía esperada en el quehacer intelectual, pues aquellas, desde la época de los griegos, hacen parte de la *doxa* y tratan de ser excluidas del orden de la episteme. Sobre este particular, quizá sea preciso recordar la diferencia que prevalece, desde la antigua Academia griega hasta nuestros días, entre el saber formalizado y la mera opinión.

Lo que se entiende por *doxa*, como fue definida por los filósofos griegos, implica que cada quien tiene la posibilidad y facultad, en cuanto ser racional, de afirmar que algo se sabe o es, sin que sea necesario comprender el porqué o las causas de tal situación o fenómeno. Simultáneamente, es posible sostener que sobre tal cuestión hay asuntos que se desconocen, sin que esto implique la necesidad de examinar a profundidad el asunto, pues en la opinión común prevalece el hecho de que algo puede ser o no ser; en cambio,

el saber formalizado, el que sustenta la episteme, el conocimiento propio de las ciencias, que luego conoceríamos como epistemología, toma distancia de tal superficialidad, ya que requiere, en cuanto tal, la interrogación y el establecimiento de las teorías, leyes y conceptualizaciones propias de la obtención y formalización del conocimiento.

Es justamente en este saber formalizado que se sostiene el saber académico y la formación profesional propiamente dicha, lo que no excluye que puedan analizarse las opiniones, pero desde los postulados epistemológicos propios de cada campo del conocimiento. De ahí que sea necesario que el trayecto se sostenga en la producción intelectual fundamentada, de lo contrario, la preponderancia de la *doxa* terminaría por destituir al saber que ha sostenido a la ciencia misma y al conocimiento estructurado del que derivan todas las disciplinas; “quien intenta fundar una ciencia, se da cuenta de que encuentra *doxa* en cada esquina” (Lacan, 2012, p. 70). Pero hacerlo implica necesariamente esfuerzo, rigurosidad, la decisión de intentar acercarse al saber y construir a partir de él los propios planteamientos, unos que trasciendan la mera opinión común y apunten al sostenimiento y a la nutrición¹⁰ de teorías, enfoques y profesiones en general.

Para el estudiante, entonces, podría resultar más cómodo, menos desafiante, dedicarse a aprovechar la información producida por otros, copiarla y pegarla sin compromiso o elaboración alguna, pues degradada al lugar del mero trámite, no habría motivos para “complicarse” con la labor de leer al detalle los textos sugeridos o identificados de manera autónoma; más bien, se leería “cuando toque”, cuando el proceso obedezca propiamente a un mandato. Esto, a su vez, generará un particular malestar en algunos profesores, quienes no se explicarán las causas de tal desinterés, de tal ausencia de esfuerzo o entrega al quehacer intelectual.

¹⁰ Se alude aquí a la significación del Alma Máter, como madre nutricia del saber, que fue el término utilizado para referirse a las universidades, por el papa Alejandro IV en 1255 (Borrero, 2008, p. 109)

Hemos de preguntarnos cuáles pueden ser las causas de tal desinterés, de tal dejación de los libros, de la lectura y de la escritura, de lo que Lipovetsky nombra *como una nueva era de la vida intelectual*. Podríamos suponer que dicha situación se sostiene en el propio lugar que se le atribuye al estudiante en el contexto institucional, uno que tiene como característica fundamental la cualidad de estar aún en formación, es decir, a medio camino antes de convertirse en un representante del saber. Quizá concierna a la posición cómoda de minoría de edad a la que aludía Kant en su *Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?*, en la que hace un llamado a los estudiantes para que dejen la posición placentera de someterse a las instrucciones de los maestros y asuman su lugar como pensadores; a los efectos del sistema educativo que señalaba Estanislao Zuleta, en *La educación, un campo de combate*, en el sentido de que en virtud de sustentarse en una cierta mixtura de saberes ofrecida durante la formación básica, no permite entrever los vínculos con la realidad que se habita y termina por convertir la relación con el saber en una obligación insabora, que deja sin lugar al estudiante respecto de esos mismos saberes.

Sin embargo, hemos de considerar además, atendiendo al recorrido que hemos ido trazando, el ritmo y las condiciones actuales de nuestra relación con el saber a la luz de la llegada de un nuevo actor, uno que se suma al entramado de las relaciones con la educación; es decir, al lugar que ocupan las tecnologías de la información y la comunicación, a la Gran Red, a las redes sociales y su exponencial cercanía a las aulas, a su papel como administrador y supuesto reservorio del saber. La llegada de estas nuevas realidades virtuales que se suman a las empíricas exceden en mucho las consideraciones de los autores previamente mencionados, pues revelan un panorama inédito, uno en el que los buscadores parecen indicar que el *todo saber* ya está al alcance de la mano, no en uno u otro autor, en uno u otro profesor, sino en todos, en el basto océano de fuentes de información¹¹ de diversa índole.

¹¹ Nótese aquí la diferencia señalada entre fuentes bibliográficas, que aluden al consolidado del saber formalizado, y fuentes de información, que requieren el ejercicio de identificar de qué información se trata, cuáles son sus autores y qué tan veraces son, pues sin lo anterior no pasan de ser mero dato o conjunto de datos susceptibles de cualquier opinión.

La ilusión se sostiene ahora en el acceso, en la navegación que pareciera entregarnos con los resultados de las búsquedas una certeza “tranquilizadora”, esto es, que ya *todo* está dicho, *todo* pensado, *todo* cuestionado y analizado desde las más variopintas perspectivas y puntos de vista; *todo* escrito y explicado, ya sea en textos, videos tutoriales, reseñas, comentarios, blogs, imágenes o códigos; *todo*, y por tanto, no tendría justificación alguna tratar de producir algo más, pues bastaría con digitar alguna pregunta en la barra del buscador para encontrar en segundos miles o millones de respuestas que otros ya han formulado.

Pero además, en la Gran Red, cualquier noción o concepto, cualquier certeza o formulación es susceptible de aparecer cuestionada, incluso aquellas que ya habían sido afirmadas por la ciencia o por las autoridades científicas e intelectuales de una cierta teoría o campo de saber¹². Se conjugan, como metodología para la refutación, las anécdotas personales, la observación empírica de algunos fenómenos, los fotomontajes o la edición de videos, la afirmación de citas como pie de página de imágenes de autores reconocidos, entre otras tantas estrategias que, para el navegador despreocupado, terminan por convertirse en verdades irrefutables, insustanciales eso sí, pues se suman a las montañas de información que claramente se identifica como de divertimento.

PARA NO CONCLUIR

Nada se da por sentado, todo se pone en duda, pero al mismo tiempo, las ideas han dejado de aparecer como fuerzas capaces de cambiar radicalmente el orden del mundo: ya no traen un futuro que ha de romper con el presente, ya no traen utopías históricas movilizadoras. (Lipovetsky, 2016, p. 318)

¹² Podremos mencionar, por ejemplo, cómo en años recientes se ha cuestionado por múltiples “autores”, o mejor, opinadores, que la Tierra no es redonda, sino plana; que a los avances de la medicina oncológica, se anteponen fórmulas milagrosas a base de bicarbonato y limón; que el psicoanálisis es meramente una teoría creada con fines ocultistas y con prácticas satánicas; o que el feminismo es un invento *Iluminatti* para imponer el nuevo orden mundial, por mencionar algunas.

El saber, en tal caso, el que ya está en la Gran Red y el que puede ser formulado luego, queda devaluado, indiferenciado, presto más bien a generar saturación; entonces, por contrapunto, pareciera que ya no quiere saberse nada, ya no es menester esforzarse para acceder al saber, pues *está todo* allí, en la Gran Red.

Se entendería entonces, que no se sostenga una ilusión respecto del saber o de la potencia de la escritura para muchos estudiantes, ya que ante la oferta de divertimento —ese sí aparentemente novedoso, pues el ritmo de su producción, además de desahogado, resulta vistoso e inquietante para los sentidos— lo imperioso para el estudiante sería escribir los textos de cualquier modo, sin leer o apenas leyendo superficialmente lo necesario¹³, entregar pronto y acaso dentro de los plazos establecidos la tarea asignada, para luego entregarse lo antes posible a los goces inmediatos que el consumo en la Gran Red y el que los aparatos, bienes y productos de consumo ofrecen.

Así las cosas, el interés o el rigor de dedicarse a la escritura parece importar cada vez menos; pues en todo caso, hemos de reconocer, lo que le interesa al sistema, al aparataje burocrático que supervisa y administra los procesos educativos, lo relevante, es que se cumpla el programa en el tiempo planificado o antes; que los estudiantes obtengan el título, paguen sus matrículas y créditos a tiempo, para que así entren al mercado laboral para hacerse a su propia deuda... Eso sostiene a las economías y al sistema educativo en el que estamos inmersos.

Hay un asunto adicional al que no se ha hecho mención hasta el momento, y que bien vale la pena examinar: cuando se escribe o comparte una nueva publicación en las redes sociales pronto aparecerán interlocutores —pues incluso un *like* se ha convertido en una forma de transmitir un cierto mensaje al otro—, algunos sancionarán y otros apoyarán lo expresado —que ya a esta altura, sabemos, tiene el estatuto de la opinión común, de ahí que sea tan sencillo rebatir o alentar cualquier asunto, comentario, artículo o

¹³ En este artículo se omite voluntariamente, pues merece una reflexión particular, una cuestión que se articula con estas transformaciones la proliferación del plagio.

imagen—. Pero también en la Gran Red se instala una suerte de cooperativismo en la escritura, alguien publica su entrada, blog o artículo y otros proponen sus comentarios al respecto.

Sin embargo, cuando se trata de la escritura de un estudiante universitario, lo que aparece en el panorama es una cierta soledad, pues cuando escribimos estamos solos, solos con los autores, con las preguntas, con los recuerdos, con las distracciones y los ruidos; solos con el silencio, con los apuntes, pero en últimas, solos con nuestras propias voces, unas a las que debemos escuchar atentamente y con tiempo suficiente, si es que queremos escribir un “buen texto”¹⁴.

Hay quienes sugieren que escribir es primordialmente un asunto de técnica, de conocer las leyes de la gramática, la estructura de la lengua, lo que permitiría fácilmente tomar papel y lápiz —o el teclado del ordenador, atendiendo a los tiempos que corren— a quien fuese para escribir una palabra tras otra, hasta que las frases vayan tomando sentido, los párrafos y las páginas; sin embargo, a riesgo de equivocarme, quienes nos hemos enfrentado a una página en blanco sabemos que hay algo más, que hay una especie de vértigo que logra que las voces de la cotidianidad y el divertimento guarden silencio y se imponga aquella que poco a poco va ofreciendo los enunciados que entretejen el texto escrito.

Incluso puede ocurrir que las palabras pierdan por completo sentido o que aquello que quisimos escribir no coincida con las palabras consignadas, por lo que es menester de la disposición y el tiempo para ir y venir, acercarse al texto y alejarse, releer lo escrito, corregir aquí y allá, hasta que lo escrito coincida en la medida de lo posible con aquello que se pretendió exponer, de modo que sirva al objetivo de la comprensión de ese lector figurado o anticipado, a quienes se dirigieron los textos.

¹⁴ Es decir, uno que esté articulado a las disposiciones y los lineamientos de la producción académica, que implique la revisión previa de fuentes bibliográficas concomitantes con el tema dispuesto, así como la argumentación sustentada de las reflexiones, cuestionamientos y elucidaciones, que en general distinguen el trabajo intelectual de la formulación de opiniones, de esas que se escuchan en cualquier esquina.

Muchos abandonan la pluma¹⁵, otros se sienten torturados cada vez que se les pide por encargo que escriban, unos más afirman abiertamente que detestan escribir... Compleja situación, y más si aquel que lo afirma es un estudiante, pues inexorablemente tendrá que escribir. Afortunada o desafortunadamente, sus escritos vendrán a representar el saber aprendido y discernido ante los profesores y la institución, ante el sistema educativo mismo. Tal vez por causa de esa presión es que los estudiantes se enferman en las épocas de exámenes, llegan tarde y hasta los deja el bus.

Asumir ese encuentro con la escritura no es un asunto tan sencillo como parece, pues los interlocutores y sus interpelaciones, es decir, los profesores evaluadores y sus calificaciones, sí tendrán efectos en el acontecer de la vinculación institucional. Además, habrá de ser reconocido por los estudiantes el valor de sus textos escritos, que cada quien tiene la posibilidad de hacer, con las palabras que nos antecedian, una nueva red, un particular entramado que siempre será inédito, pues no hay posibilidad de que los enunciados propuestos sean idénticos a los de alguien más, a menos que voluntariamente sean copiados.

Hay que recordar una vez más que fue la escritura misma, los libros y los registros escritos los que hicieron posible el avance del saber, la producción de nuevo saber, pues solo por haber sido escritos fue posible examinar los textos y los planteamientos de los antiguos. Fue gracias a los soportes materiales de la escritura de otros como se conservó el trabajo intelectual de quienes nos antecieron, como el saber pudo ser revisado, complementado, repensado e interrogado; una labor que continúa en proceso, ya que, contrario a la promesa de la Gran Red, *no todo está escrito*; La principal cualidad del conocimiento y de la ciencia en general es que continúa inacabada,

¹⁵ Menciono la pluma como instrumento para la escritura, a pesar del anacronismo que supone en estos tiempos, evocando la transición entre la caña de escribir y la pluma de ganso, que se realizó durante la Edad Media entre los estudiantes universitarios, en razón de su versatilidad ante la nueva exigencia de la escritura en los contextos universitarios, y que se usaba principalmente para la copia de los ejemplares rústicos, baratos y un poco torpes, de las obras de los autores griegos y los padres de la Iglesia, como versiones masificadas de tales escritos.

pues las realidades, las relaciones y las cosas están en permanente cambio, y lo que se conoció tiempo atrás debe ser nuevamente examinado, para intentar explicar y cuestionar sus transformaciones.

Bajo la égida de tal reconocimiento, la escritura y el quehacer intelectual no pierden vigencia en detrimento de las nuevas tecnologías; por el contrario, nos hacen más asequibles diversas fuentes para fundamentar las reflexiones, pero para hacerlo, tanto estudiantes como profesores e investigadores, tenemos que atrevernos a tomar el tiempo y la pluma para leer y escribir, para articular enunciados haciéndonos responsables de su contenido, asumiendo esa labor altamente riesgosa de convertirnos en autores y no meramente en repetidores, una que implica salir de la comodidad y de los deleites del divertimento, para atreverse a pensar, proponer y cuestionar, al margen de la mera exigencia institucional.

Tal decisión, por cierto, les llevó mucho tiempo tomar a los intelectuales de antaño y les implicó múltiples discusiones. En palabras de Jacques Le Goff (1990), “fueron necesarios casi 16 siglos desde los griegos, pasando por los santos sabios, antes de llegar hasta al admirable impulso de optimismo intelectual —que dio a luz la ciencia moderna—, tan opuesto al triste: todo ya está dicho y llegamos demasiado tarde” (p. 91). Sin embargo, asumir tal responsabilidad, al menos para quienes estamos vinculados al acontecer universitario y académico, podría instalarse como un punto de inflexión, reflexión y acción para asumir la posibilidad de la escritura como un ejercicio que trascienda las objeciones contextuales y las dinámicas propias del curso utilitarista y mercantilista que se impone en nuestros días.

*Quando escribo encuentro algo. Es un hecho, al menos para mí.
Eso no quiere decir que si no escribiera no encontraría nada.
Pero en fin, quizá no me daría cuenta (Lacan, 2012, p. 25)*

REFERENCIAS

- Borrero, A. (2008). *La universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias. La universidad en Europa desde sus orígenes hasta la Revolución francesa. Tomo I: Historia Universitaria*, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias). (2016). *Política para mejorar la calidad de las publicaciones científicas nacionales*. Bogotá: autor.
- Eco, U. (2003). *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*, Barcelona: Gedisa..
- Lacan, J. (2012). *El seminario... O peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Le Goff, J. (1990), *Los intelectuales de la Edad Media*, Editorial Gedisa: Barcelona.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío, ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.
- Peusner, P. (2008). *El niño y el Otro: pertinencia de los “cuatro discursos” en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Letra Viva.